

«DE LOS DELITOS Y DE LAS PENAS DESDE EL PAÍS VASCO», DE A. BERISTAIN

JUAN ANTONIO ESTRADA

La iglesia del país vasco no tiene buena prensa. Para una buena parte de los ciudadanos, es una Iglesia que ha recaído en los males propios del nacional catolicismo. La mano alzada de algunos obispos durante la época franquista, ha dejado paso a la apología encubierta del terrorismo etarra por algunos eclesiásticos vascos y a declaraciones que equiparan los delitos terroristas con los indudables abusos, injusticias y tropelías que se dan en las cárceles, en el Estado de derecho y en la frágil, pero real, democracia en que vivimos. Son muchos los que piensan que una buena parte del clero vasco subordina la religión a la política, los valores cristianos a los nacionalistas, la justicia a la eficacia del terror, y la suerte de las víctimas a los pretendidos derechos que reivindican los asesinos.

La mezcla de nacionalismo y religión es siempre un peligro. A veces, ha sido mucho más, la matriz perfecta para la pérdida de sensibilidad moral, la deshumanización y el fanatismo totalitario. Hay una larga lista de violencias cometidas en nombre de Dios y de la razón de Estado, a veces identificando a ambos (a Dios con la nación, el pueblo, la clase social o la raza), y siempre con un largo costo humano de víctimas, sufrimiento e impotencia. El aviso de Jesús sigue siendo actual: «Incluso llegará la hora en que todo el que os mate piense que da culto a Dios. Y lo harán porque no han conocido ni al Padre ni a mí» (Jn 16,2-3). Desgraciadamente, hay cristianos y eclesiásticos que siguen matando, en nombre de Dios (y del pueblo, de la nación o de la propia cultura). Los totalitarismos cuentan siempre con un número importante de eclesiásticos. El radicalismo nacional religioso es propicio para reclutar comandos morales e ideológicos que, a veces, se convierten en militantes de la misma lucha armada. Matan, aunque no sea físicamente, con su palabra, laudatoria de los asesinos; con su silencio, ignorante de las víctimas; con su pretendida neutralidad y equilibrio, palabras que nunca encontrarán en los evangelios cristianos. Ni en Jesús, que nunca fue neutral, ni en el Dios que él anunciaba, que siempre estuvo con las víctimas y, desde ellas, interpelando a los verdugos.

Pero la Iglesia vasca es una realidad compleja, plural, heterogénea y no exenta de contrastes y tensiones, como lo es la Iglesia misma. Hoy ya no se puede hablar de «los cristianos», o de «los curas», o de «los vascos», sin más. Hay que matizar, concretar y precisar, sin caer en abusivas generalizaciones, simplificadoras y con indudable carga ideológica. Una buena prueba de ello es el libro de Antonio Beristain, *De los delitos y de las penas desde el país vasco*, publicado en Madrid por

la editorial Dykinson en 1998. El autor, sacerdote, jesuita, catedrático de derecho penal y escritor prestigioso y reconocido, ofrece en este libro una buena selección de artículos que han aparecido en las dos últimas décadas en periódicos del país vasco y también de ámbito nacional, como *El País* o el *ABC*, entre otros. El estilo claro, sencillo, directo y corto de estos trabajos facilita la lectura; la variedad de temas, posibilita una valoración de conjunto y la publicidad de los trabajos, en su mayoría artículos de periódico, garantiza el compromiso y avala la actualidad de los escritos.

No voy a hacer aquí una reseña de sus distintas partes, sino a resaltar algunas de sus orientaciones generales. Por una parte, Beristain se centra en las víctimas, no en los delincuentes victimarios. Hay aquí una grave laguna moral, jurídica y social. Parece que las víctimas no cuentan a la hora de hablar de amnistías, de conceder remisión de penas o dar la libertad condicional a los autores de los delitos. Tampoco abunda la sensibilidad y el humanismo a la hora de afrontar a las víctimas de los delitos sexuales, políticos o económicos. Se nos olvida que la reparación es parte del arrepentimiento y que ambos son condición necesaria para el perdón cristiano y para la justicia humana.

Pero Beristain no confunde el derecho de las víctimas con la venganza, ni se centra en una concepción punitiva y revanchista del derecho. A partir de ahí, analiza la situación de las prisiones españolas, llama la atención sobre los retrasos de nuestro sistema penal y critica la impunidad con que se atenta a los derechos humanos de los detenidos. Las cárceles son hoy escuelas de criminales, algo bien conocido para la opinión pública española, pero sobre lo que se guarda silencio o se prefiere mirar a otro lado. Beristain aborda el tema desde distintas perspectivas, muestra la irracionalidad económica, jurídica y moral de nuestro sistema y apela a una reforma teórica y práctica de la situación española.

Especial interés tienen sus análisis de la situación en el país vasco. Beristain es claro en sus adhesiones y rechazos. Critica sin ambages al sector del clero que legitima la violencia etarra, denuncia la desproporción entre los abusos del estado de derecho y los atentados criminales del terrorismo, reivindica la solidaridad con las víctimas y fustiga el silencio de algunos, la cobardía de tantos y el partidismo de unos pocos, más creyentes de su patria que del Dios cristiano. Surge aquí otra imagen de la Iglesia vasca, la que se silencia casi sistemáticamente en los medios de comunicación social, la que desconoce la mayoría de la gente, la que se esconde tras los juicios simplificadoros sobre «la Iglesia» o «los vascos». A partir de ahí, se pueden estudiar sus artículos sobre el papel de la religión en las cárceles, sobre la relación de la teología y el derecho, sobre la importancia de la ética para la política, sobre la necesaria flexibilidad y atención del contexto histórico en las declaraciones judiciales...

No faltan tampoco temas polémicos, escritos con espíritu abierto y desde una base sólidamente cristiana: la eutanasia, el aborto, la manipulación genética, la no violencia y el derecho a la propia defensa, etc. Religión, criminología, análisis social, reflexión ética y jurídica, se mezclan desde una perspectiva abierta, comprometida y de fácil acceso. Es un libro para leer con atención, que da que pensar y que abre horizontes de esperanza para el futuro. Ojalá, que no permanezca ignorado y, sobre todo, que ayude a cambiar la imagen deformada y unilateral que muchos españoles tenemos del país vasco, de su iglesia y de los intelectuales que hay en ella.